

# LA ESPAÑA IRRELEVANTE. SEIS AÑOS DE POLÍTICA EXTERIOR SOCIALISTA

## INTRODUCCIÓN

**A**l poco de formarse el primer Gobierno presidido por Rodríguez Zapatero, Rafael Bardají y yo mismo publicamos en la colección *Papeles* de FAES un texto titulado “La España menguante”<sup>1</sup>, en el que tratábamos de adelantar cuáles serían las consecuencias de la aplicación a nuestra acción exterior de los principios que el Partido Socialista venía anunciando. Aquella breve publicación tuvo su impacto y desde entonces el título ha sido una y otra vez repetido en los medios de comunicación y el debate político. Algo semejante a lo ocurrido con otra aportación de la que ambos somos corresponsables, el concepto “rendición preventiva” que se publicó bajo la firma colectiva GEES, de la que en aquellos días yo formaba parte, en *Libertad Digital*.

Para algunos, aquellos eran documentos de combate en el marco de la disputa política propia de una democracia parlamentaria. Podían ser más o menos brillantes o eficaces en ese cometido, pero nada más. Para otros, aquellos argumentos eran el resultado de un análisis profesional, por muy

---

Florentino Portero, profesor de Historia Contemporánea, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

<sup>1</sup> Originalmente fue una ponencia titulada “La España menguante de Zapatero”, que presentamos el 4 de julio de 2004 en FAES. A continuación fue publicado como “La España menguante” en *Papeles*, nº 2 (julio, 2004).

significados ideológicamente que fueran sus autores. El tiempo pone a cada cual en su sitio y hoy no es fácil encontrar a alguien con una mínima educación en relaciones internacionales que ponga en duda que España ha perdido mucho del prestigio, autoridad e influencia de que gozó en otra época. Sin embargo, sí es posible hallar quien argumente a favor de esa irrelevancia, en la idea de que una España postnacional y europeísta no necesita ocupar un puesto destacado en la escena internacional.

Desde los primeros pasos de la transición hacia la monarquía democrática hasta los atentados del 11 de marzo el conjunto de la política exterior española giró en torno a la idea de “colocar a España en el lugar que le corresponde”. Desde la Guerra de la Independencia hasta la muerte del general Franco España había ocupado un papel secundario en la escena internacional por razones diversas. En unos casos se apartó voluntariamente de la primera línea y tuvo que pagar las consecuencias. En otros, fue apartada por su singularidad política. El resultado de todo ello fue un deseo comúnmente sentido por la opinión pública y las clases dirigentes de poner fin a esa situación. Durante veinticinco años nuestra acción exterior estuvo regida por ese objetivo.

Con la llegada del Partido Socialista al poder, tras los atentados del 11-M, se produjo un cambio radical, reorientando nuestra actividad diplomática hacia una deseada tercera línea. Un hecho de esa trascendencia no se debe a la personalidad de un presidente de gobierno o ministro, ni a unas circunstancias concretas. Detrás de este giro hay bastante más.

### LAS CLAVES DEL CAMBIO

Un conjunto de elementos, de muy distinta condición, han llevado a la situación en la que hoy se encuentra nuestra política exterior. Unos han sido buscados, otros no. En unos casos ha habido un fundamento ideológico, en otros ha sido el resultado de la propia acción. A veces se contó con un apoyo popular relevante, en ocasiones se actuó en contra de la opinión pública. Pero siempre nos encontramos ante entornos que no son estrictamente “diplomáticos”. Atrás quedaron aquellos años en que la política

exterior era coto privado de un selecto grupo de altos funcionarios educados para este fin. La idea de que la diplomacia era algo tan delicado y complejo que debía mantenerse fuera del debate político quedó superada por el auge de la cultura democrática, que terminó con cualquier espacio privado en el ámbito de la gestión de los asuntos públicos. Para bien y para mal, que de todo hay, la acción exterior se encuentra expuesta a los efectos de la lucha partidista, con sus dosis de demagogia y populismos, y a los vaivenes de una opinión pública insuficientemente informada y preparada. Durante estos últimos seis años la vinculación entre la política interior y la exterior ha sido mayor que nunca antes, en un ejercicio democrático que ha dejado en mal lugar tanto a gobernantes como a gobernados. Sin ánimo de exhaustividad vayan por delante algunos argumentos que nos pueden ayudar a entender el porqué de este cambio radical.

## Mal de altura<sup>2</sup>

La interpretación que el Partido Socialista y buena parte de los medios de comunicación hicieron del porqué de los atentados del 11-M llevó a que la opinión pública asumiera que el coste de jugar un papel relevante en la política internacional era demasiado alto, especialmente el haber justificado desde el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas la conveniencia de hacer uso de la fuerza. La sentencia del Tribunal Supremo sobre aquellos sucesos negó mucho de lo afirmado por quienes hoy ocupan los puestos más destacados del Gobierno, pero eso llegó mucho tiempo después, sin posibilidad de rectificar el citado efecto. Habían actuado de forma irresponsable y demagógica, pero su mensaje había calado.

Ejercicios de demagogia aparte, es cierto que asumir un papel más activo implica tanto mayores beneficios como mayores riesgos. El ciudadano de a pie difícilmente podía tener en aquellos sentidos momentos una visión ponderada de la política exterior seguida por los Gobiernos de Aznar. Por otra parte, los inconvenientes son siempre más fáciles de percibir que su

<sup>2</sup> Este tema lo desarrollé con más detalle en “Sobre el mal de altura. Política exterior, opinión pública y lucha contra el terrorismo”. *ARI* nº 88 Real Instituto Elcano, 7 de mayo de 2004.

contraparte. La política había sido coherente, pero no fue acompañada de una comunicación apropiada que facilitara su comprensión por parte de la ciudadanía. Había sido asumido el objetivo europeísta, pero no la necesidad de estar en el pelotón de cabeza, ni mucho menos de mantener unas relaciones tan estrechas con Estados Unidos.

Las elecciones locales y autonómicas de 2003 mostraron cómo la sociedad no pasaba factura al Gobierno por una política exterior que no compartía, porque no sentía que ello pudiera tener un coste. Ese coste fue el que creyeron descubrir el 14-M. Como si de un caso de acto reflejo se tratara, las prevenciones que habían caracterizado durante décadas la diplomacia española volvieron a situarse en primera fila. La sociedad sentía la conveniencia de dar un paso atrás y reevaluar sus prioridades. Un estado de ánimo que el recién llegado Gobierno socialista aprovechó para avanzar en su agenda exterior.

### **Sectarismo político**

La izquierda española ganó hace tiempo la batalla de las ideas y está acostumbrada a retener su supremacía cultural incluso desde la oposición. La mayoría absoluta lograda por el Partido Popular fue algo difícil de asimilar para los socialistas: fijaba la base electoral de la derecha en los diez millones de votantes, lo que suponía una drástica reducción del *swinging vote*, y demostraba que era posible estabilizar una situación política con un discurso liberal, lo que a medio plazo podía poner en peligro su control de la “corrección política”. El radicalismo se hizo con el poder en el Partido Socialista, aupando a Rodríguez Zapatero y revisando en profundidad su programa, que se hizo más progresista y menos socialdemócrata. Una cosa era tener que alternarse con la derecha en el ejercicio del poder y otra muy distinta tener que tolerar un pulso ideológico con posibilidades de perderlo. Arrancar de raíz el esqueje de una España liberal generadora de riqueza y merecedora de prestigio y autoridad internacional se convirtió en un objetivo irrenunciable para la renovada dirección del socialismo español.

Llegado al poder el equipo presidido por Rodríguez Zapatero no tuvo reparo en deshacer la herencia recibida sin pararse a pensar si respondía o

no a la defensa de los intereses nacionales, al sentir de la opinión pública o a los objetivos de su propio partido. Era una revisión hecha desde un prejuicio sectario asentado en el miedo. La posibilidad de que desde la derecha se arrumbara su discurso político, en un momento en el que la socialdemocracia europea sufría el coste de la inviabilidad de un mastodónico Estado de Bienestar, les llevó a un comportamiento impropio de un Estado moderno y desarrollado. Las naciones maduras se caracterizan por hacer compatibles los cambios de Gobierno con el mantenimiento de unas líneas constantes en la acción exterior, exactamente lo contrario de lo que hizo Rodríguez Zapatero al llegar a La Moncloa con las consecuencias que hoy padecemos.

### **El triunfo de la mediocridad**

Las luchas por el poder en el Partido Socialista que acabaron con los liderazgos de Borrell y Almunia y la mayoría absoluta lograda por el Partido Popular en 2000 crearon las condiciones para el acceso a la secretaría general del Partido Socialista de José Luis Rodríguez Zapatero, una figura escasamente conocida fuera del ámbito del propio partido y con un perfil sustancialmente distinto al que había caracterizado los cuadros de la etapa González. Sin una formación académica destacable, sin conocimiento de idiomas, sin áreas de especialización, su ascenso representaba la llegada al poder de aquellos dirigentes de bajo perfil profesional que se habían hecho fuertes en las Administraciones local y autonómica. El que no hubiera ocupado siquiera una dirección general en la etapa socialista previa, a pesar de formar parte de la dirección nacional, era toda una muestra de cómo era considerado por los dirigentes de entonces. Sin embargo, esa falta de relieve académico y profesional le facilitó el lograr el apoyo de unas bases que se sentían mejor representadas por él que por los hijos de la clase media acomodada con mala conciencia y títulos por universidades norteamericanas, británicas o francesas que habían copado los mejores cargos hasta entonces. Con su ascenso no sólo se producía un cambio personal y generacional, sobre todo se llevaba a cabo una auténtica revuelta clasista que arrasaría las instancias superiores y acabaría con la preeminencia de aquellos cuadros de formación superior.

Los nuevos dirigentes no tenían formación ni experiencia, ni conciencia de necesitarlas. En algunos temas especialmente delicados se parapetaron tras algún nombre con autoridad, que acabaría abandonando a la vista de la falta de criterio con la que se dirigían los grandes asuntos de Estado. Sabían lo que querían destruir, pero poco más. Si los gobiernos González y Aznar tuvieron una “visión” de lo que buscaban, lo que permitió dar forma a políticas coherentes a partir de una previa definición de cuáles eran los intereses nacionales en juego en cada área determinada, lo que ha caracterizado a los gabinetes presididos por Rodríguez Zapatero es precisamente su ausencia. El profesor Varela Ortega suele afirmar que la “política exterior no es cuestión de paladar sino de intereses”. Cualquiera que se haya adentrado un poco en la historia de las relaciones internacionales sabe que la eficacia de una política depende precisamente de tener claro qué es lo fundamental a defender y cuáles los medios y márgenes de maniobra disponibles para conseguirlo. De ahí que podamos afirmar que el logro de una diplomacia coherente es una prueba de madurez. No la tiene quien quiere sino quien puede.

Esa reflexión primera no ha existido, quizás porque el propio término “interés” tiene para las nuevas hornadas “progres” una repulsiva connotación conservadora. La suma de incompetencia y prejuicios ideológicos ha hecho que España careciera en estos años de una política exterior en el pleno sentido de estas palabras. Hubo actos, pero no mucho más. Prejuicios, consignas y tópicos reemplazaron al análisis profesional a la hora de establecer una política exterior. El resultado ha sido una acción incoherente, más dirigida a satisfacer las pasiones de sus votantes que a defender los intereses nacionales. Por razones semejantes este Gobierno tampoco ha sido capaz de valorar correctamente los retos que le han ido surgiendo. El hacer lo contrario que Aznar y un izquierdismo adolescente han primado sobre el exigible análisis profesional en torno a intereses afectados y posibilidades de acción en su defensa.

### **Progresismo vs. socialdemocracia**

La llegada de Rodríguez Zapatero no sólo dio paso a una revuelta clausista en el seno del socialismo español, además supuso una interesante

evolución ideológica. Del positivismo socialdemócrata característico de la izquierda europea en los años de la Guerra Fría se pasó a un vago progresismo acorde con el auge del relativismo. El socialismo español ya no estaba tan seguro de conocer las supuestas leyes del desarrollo histórico, pero tenía ante sí la evidencia de que hacer crecer hasta el infinito las prestaciones sociales del Estado de Bienestar era imposible. Más aún, la competitividad de la economía europea dependía de reformar dichas prestaciones en un sentido claramente restrictivo. La quiebra del propio ideario hacía más necesario que nunca desacreditar el ajeno, en un momento en el que Reagan y Thatcher habían desbrozado el camino para el renacimiento de estrategias liberales como garantía de prosperidad.

Frente a la posibilidad de conocer qué política es más apropiada a través del análisis anteponían el ejercicio de una “democracia participativa” que no dejaba de ser un ejercicio de populismo. La defensa de la democracia sin adjetivos se convirtió en una manifestación de “fundamentalismo”, como la defensa de los “mercados abiertos” o cualquier otra estrategia basada en el conocimiento científico y en la experiencia. El voluntarismo sustituía a la razón y con ello la izquierda recuperaba sus antiguas simpatías por las estrategias antidemocráticas, que se ponían de manifiesto en la mejora de las relaciones con dictaduras de signo izquierdista. El problema no era el carácter antidemocrático del régimen político sino su ideario. Marxistas, populistas, nacionalistas o islamistas, todos merecían reconocimiento mientras compartieran su rechazo a los valores liberal-conservadores.

En treinta años el socialismo español ha pasado de un patriotismo de corte azañista a poner abiertamente en duda la existencia de una nación española. Su apuesta por un entendimiento con los nacionalistas y por un europeísmo de rasgos religiosos les ha llevado a la delirante, inconstitucional e irresponsable afirmación de que la existencia de una nación española es algo “discutido y discutible”. La política exterior es una expresión más de la soberanía nacional. Si se pone en duda la propia existencia de la Nación ¿cómo podemos definir sus intereses, sus objetivos, sus compromisos en la escena internacional? ¿De qué soberanía estamos hablando?

El socialismo español no está en condiciones de poder establecer una política exterior, porque ni sabe, ni quiere, ni puede. Su visión postnacional de la realidad española carece de fundamento, pero se convierte en un obstáculo insalvable para desarrollar el ejercicio intelectual necesario que dote a nuestra diplomacia de coherencia y profesionalidad.

### LAS ÁREAS

#### Europa

El presidente Rodríguez Zapatero inauguró su mandato proclamando que España debía volver al “corazón de Europa”. En sentido literal la frase carecía de sentido ¿Dónde había estado España hasta entonces? Se sienta uno más o menos próximo a la política seguida por José María Aznar es indiscutible que nunca antes se había asumido tanto protagonismo y compromiso con la causa europea como entonces. Aunque el significado de la proclamación es discutible su intención no lo es tanto. El recién elegido presidente estaba indirectamente planteando una interpretación metafísica de Europa. En la tradición del socialismo español la Europa unida es la quintaesencia del intervencionismo económico y de la superación del atlantismo, un dogma de fe situado por encima del ámbito de la razón crítica. En la medida en que los gobiernos Aznar habían pugnado por una posición de liderazgo en Bruselas con un programa de liberalismo económico y renovado atlantismo se hacían merecedores de la condena por traición. El Partido Popular no sólo ponía en duda la hegemonía de la cultura política socialista, además se atrevía a coliderar un sacrílego cambio de rumbo en Bruselas, sacando adelante la Agenda de Lisboa y aislando al eje franco-alemán desde las páginas del *Wall Street Journal*<sup>3</sup>.

Rodríguez Zapatero renunció públicamente a la política seguida y mostró su sumisión al eje franco-alemán, el mismo que violaría el Pacto de Estabilidad y Crecimiento que debía garantizar la Unión Económica y Monetaria, preparando el camino para la actual crisis del euro. Desde en-

<sup>3</sup> José María Aznar et. al. “United we stand” *The Wall Street Journal*, 30 de enero de 2003.



tonces el Gobierno español no fue capaz, o ni siquiera intentó, adoptar una política propia para avanzar en el proceso inevitablemente complejo de convergencia europea.

La fe europeísta de nuestros socialistas implicaba la renuncia a los intereses nacionales e incluso a la nación misma. Situaron España en un cómodo rebufo del eje franco-alemán y siguieron pastueñamente el camino que se les indicaba sin apenas aportar nada a la empresa común. Los mismos diplomáticos que habían recibido con alegría la renuncia a las posiciones populares, vieron con escándalo cómo por primera vez un Presidente español asistía a los Consejos sin la preparación debida y ausentándose de las sesiones mucho más de lo aceptable. Las carencias idiomáticas y la falta de estudio sobre las materias en discusión convertían aquellas sesiones en una dura experiencia para quien había realizado una rápida carrera política dedicándose en exclusiva a la guerrilla interna.

Los socialistas españoles, en línea con la política seguida por Chirac y Schroeder, creyeron que los criterios de convergencia aprobados para garantizar la estabilidad del euro eran sólo un referente, que lo fundamental era avanzar en la construcción de una Europa entendida como mega-Estado de bienestar. En ningún caso cabía considerar la primacía de la moneda común sobre los principios políticos. El voluntarismo, una vez más, debía primar sobre la razón e incluso sobre el sentido común. Ni se aceptó que una crisis económica podía obligar a rectificar la política económica en España ni que la estabilidad de la moneda común debía llevar a respetar los acuerdos libremente aprobados, con todo lo que ello implicaba: reducción del gasto público, reforma de las Administraciones Públicas y recorte de las prestaciones sociales. Seis años después, tras legislatura y media de escasa presencia en Bruselas y con una presidencia a costas que se recordará como un desastre sin parangón, podemos afirmar que la única aportación relevante de España al proceso de convergencia ha sido poner en serio peligro la pervivencia del euro. España no es responsable de la crisis internacional, pero es la mayor amenaza que hoy sufre la moneda común y eso se debe a años de derroche y a no haber querido reaccionar a tiempo, tomando las medidas que tanto desde España como desde Bruselas o Washington se reclamaban.

## **Estados Unidos**

Los socialistas llegaron al poder vinculando los atentados del 11-M con la política seguida por los populares y criminalizando a José María Aznar. Su primer acto fue ordenar la retirada de nuestras tropas de Iraq, incumpliendo su compromiso electoral de dar un tiempo al Consejo de Seguridad para que aprobara una resolución que satisficiera sus demandas. Aquel acto rompió una unidad multinacional desplegada en una zona particularmente conflictiva y supuso el primer triunfo de al Qaeda en Europa. La falta de respeto a la bandera norteamericana y la invitación a que el resto de los aliados siguiera el ejemplo de España, realizada desde Túnez, abrieron una crisis profunda en las relaciones hispano-americanas que de hecho no se ha cerrado. Aquellos actos fueron irresponsables, impropios de un aliado, excepcionales en el marco atlántico y ejemplo de una acción realizada desde un populismo izquierdista sin el necesario análisis sobre sus efectos para España.

Estados Unidos rebajó drásticamente el nivel de interlocución, a la espera de que la vida política nacional se normalizara y se pudiera recuperar, si no todo, por lo menos parte del nivel de cooperación anterior. Bush descartó los contactos personales con Rodríguez Zapatero. La embajada de España en Washington perdió su capacidad de acceso a los altos cargos de la Administración o a las grandes figuras del Capitolio. El Centro Nacional de Inteligencia comprobó en un tiempo muy breve lo que suponía dejar de ser un aliado en quien se puede confiar. Lo que se vendió en un primer momento como un gesto de valor y de coherencia ideológica derivó en breve hacia una actitud humillante, que nos retrotraía a los años de aislamiento del régimen franquista, con el ministro Moratinos desviándose para ser recibido por su homóloga Rice y tratar de concertar un encuentro entre Rodríguez Zapatero y Bush.

España incrementó su presencia militar en Afganistán y se sumó a la operación de paz en el sur del Líbano para demostrar que su precipitada salida de Iraq no suponía una merma en su compromiso con la seguridad internacional, sino sólo su rechazo a una determinada acción militar. Sin embargo, la presencia en Afganistán se convirtió en una fuente de proble-

mas: el Gobierno se empeñó en un discurso pueril según el cual España se encontraba allí en una misión de Naciones Unidas, cuando lo era de la OTAN, y realizando labores de reconstrucción, cuando el estado de guerra lo hacía imposible. La ficción, supuestamente exigida por un electorado que no entendía qué hacía allí un destacamento nacional combatiendo a unos musulmanes que nada tenían que ver con España, requería además evitar las acciones de combate, por lo que sólo se autorizó el uso de la fuerza en caso de legítima defensa.

La situación se hizo más y más insostenible a la vista de la información que llegaba: ni se estaba reconstruyendo ni se estaba combatiendo al enemigo, era de nuevo una representación dirigida a un público nacional con un elevado coste internacional. Estados Unidos valoró y reconoció en todo momento el trabajo de nuestros militares al tiempo que enviaba mensajes al Gobierno español sobre la importancia de mantener un compromiso realista con la estabilización de Afganistán.

La resolución del conflicto de Kosovo mediante el reconocimiento de su independencia llevó a una nueva crisis diplomática con Estados Unidos y con otros Estados aliados. España tenía todo el derecho del mundo a retirar sus tropas al estar en desacuerdo con la decisión adoptada, más aún cuando la razón y el derecho respaldaban su posición. Pero la forma precipitada en que se hizo, sin valorar el daño que se infligía a los propios aliados, reabrió las heridas provocadas por la salida de Iraq. Ni en Mesopotamia ni en los Balcanes estaba en juego el derecho de España a retirar sus fuerzas, el problema residió en ambos casos en el cómo. El Gobierno socialista, en un nuevo ejemplo de falta de profesionalidad, actuó cara a la galería y de espaldas a los aliados, creando con su rápida salida serios problemas organizativos.

La imagen de un Gobierno en manos de gentes singulares había calado en los mercados internacionales tras el abandono de Solbes y las comparencias del Presidente ante altos ejecutivos de Wall Street. En un entorno marcado por la excelencia y el rigor, donde el cálculo matemático es la herramienta por excelencia, Rodríguez Zapatero hizo de nuevo gala de voluntarismo e irrealidad. Comentarios poco apropiados sobre el futuro de la

economía española, que superaría en breve a otras europeas, cuando los asistentes eran conscientes de los problemas inmobiliarios, financieros y de gasto público que lastraban nuestro futuro, generaron poca confianza pero prepararon a los mercados para entender la deriva en la que nos encontramos.

Latinoamérica fue un tema en el que ambas diplomacias chocaron abiertamente. España pasó de ser el socio de Estados Unidos en la promoción de la democracia y en la defensa de los mercados abiertos, con los excelentes resultados que están a la vista, a apoyar con inusitado interés cualquier iniciativa en sentido contrario. Especial importancia han tenido los casos de Cuba y Venezuela. Desde Washington tampoco se ha entendido qué razones tenía el Gobierno socialista para pensar que estaba en marcha una transición a la democracia que mereciera el levantamiento de las sanciones y el progresivo reconocimiento del Gobierno de La Habana. Pero las mayores dificultades llegaron por el acercamiento español hacia el régimen bolivariano, con lo que ello implicaba de abandono de Colombia, una democracia asediada por el terrorismo y el narcotráfico y a quien el Gobierno norteamericano venía ayudando con particular empeño. El interés de España por mantener unas relaciones cordiales con un Gobierno que mantenía unas íntimas relaciones con Cuba, que evolucionaba sin disimulo hacia una dictadura, que estaba arruinando la economía nacional, que financiaba la desestabilización de democracias en toda América Latina y que tenía estrechos vínculos con el terrorismo y el narcotráfico era difícil de entender y, en cualquier caso, suponía una causa justificada de permanente tensión entre ambas naciones.

Los socialistas españoles se inventaron a Barack Obama, la antítesis de Bush y uno más en la familia de la nueva izquierda progresista europea. No dudaron de que su llegada a la Casa Blanca supondría el fin de los problemas y el inicio de una nueva cooperación a partir de valores comunes. De nuevo la conjunción de voluntarismo e ignorancia crearon unas expectativas que sólo tenían cabida en el espacio virtual de sus ilusiones. No comprendieron que una nación como Estados Unidos necesita dotar a su política exterior de continuidad, dejando a un lado el nombre del ocupante de la Casa Blanca; no parecían conocer el papel clave del Senado en su diseño, ni el peso del servicio exterior. Proyectaron su manera de hacer po-

lítica a Estados Unidos y creyeron que con la llegada de Obama el marcador se colocaría en cero, pero no fue así.

El Departamento de Estado continuaba siendo el mismo y tenía muchas cuentas pendientes con su equivalente español. Obama estableció un nuevo escenario en el que la relación personal entre los máximos dirigentes era posible, pero a cambio se exigió a España actos firmes a favor de una colaboración efectiva. De nuevo la realidad desbordaba el voluntarismo socialista abocando la relación con Estados Unidos a un plano de permanente tensión. El Presidente norteamericano invitó al español a rezar juntos, pero se negó a visitar Madrid en el marco de la presidencia española, colofón de uno de los mayores desastres de la diplomacia española desde la muerte del general Franco.

## **América Latina**

El desmontaje de la diplomacia seguida por los Gobiernos populares en América Latina fue una de las prioridades socialistas. La conjunción de una estrecha colaboración con Estados Unidos y la defensa de la democracia y los mercados abiertos resultaba a ojos de la nueva izquierda progresista la quintaesencia del conservadurismo. Desde un principio se hizo gala de una nueva política exterior ajena a la defensa de los intereses nacionales, en particular de los económicos, y un decidido alineamiento con aquellos Gobiernos que planteaban alternativas desde el populismo de izquierdas a la democracia. La nueva política respondía más a gestos de cara a la galería nacional que a una nueva política fundamentada en una reflexión profesional sobre cuáles eran nuestros intereses y qué objetivos se querían alcanzar. Nuestros diplomáticos parecían más preocupados por disculparse por los pecados cometidos durante la etapa anterior contra la fe progresista y por ganar la confianza de antidemócratas de toda condición que por defender los valores propios de nuestra Constitución o de la propia Unión Europea.

Con ello España tiraba el prestigio acumulado como referente de transiciones hacia la democracia y de éxito económico tras costosos procesos de reconversión industrial y progresiva liberalización. Al mismo tiempo se metía en un callejón sin salida donde sus nuevos compañeros de viaje ex-

torsionarían a España, a sus empresas y ciudadanos sin que el Gobierno hiciera nada significativo para evitarlo. De nuevo los socialistas demostraban más capacidad para destruir una política que para diseñar otra alternativa. En América Latina, como en otras regiones, Rodríguez Zapatero fue incapaz de dar forma a una política exterior distinta y coherente.

Esa falta de política se ha hecho particularmente evidente en las Cumbres Iberoamericanas. Su existencia e historia está vinculada a los intereses de la diplomacia española y ha sido a lo largo del tiempo un instrumento apropiado para proyectar su influencia en la región. En estos seis años no se ha sabido dar contenido a estas cumbres, que en la actualidad se encuentran en franco declive. La inasistencia del presidente Rodríguez Zapatero a la última de las convocatorias ha supuesto un mazazo contra una iniciativa necesitada, ahora más que nunca antes, de refuerzo.

El sistema de cumbres fue, y puede seguir siendo, un mecanismo diplomático útil, pero nunca autosuficiente. La diplomacia bilateral es esencial como complemento en una región donde la diversidad es la norma<sup>4</sup>. La opción populista seguida por el Gobierno se ha convertido en un serio obstáculo para avanzar posiciones en los Estados más interesantes de la región, donde nuestras empresas han tenido que trabajar sin todo el apoyo que cabía esperar. Apoyo que tampoco han encontrado en aquellos otros donde el Estado de derecho se descompone ante la acción liberticida de su Gobierno con la comprensión, cuando no ayuda económica, de nuestro Gobierno. España ha perdido prestigio y autoridad en aquellos lugares donde más nos interesaba tenerlo, lo que se ha puesto de manifiesto en la pérdida de papel mediador que España venía ejerciendo entre los Estados latinoamericanos y la Unión Europea o el propio Estados Unidos.

El afortunado fracaso de la diplomacia española en su intento de poner fin a la posición común sobre Cuba, una “insoportable” herencia de la etapa popular, ha puesto en evidencia el limitado peso de la España socialista en Bruselas, con consecuencias inmediatas en su influencia en la región.

---

<sup>4</sup> **Carlos Malamud** (Coord.) “La política española hacia América Latina: primar lo bilateral para ganar en lo global” en *Informes Elcano* nº 3 (mayo, 2005).

## El Islam

Una de las características de nuestro tiempo es la tensión entre moderados y radicales en el seno del Islam, como consecuencia de los retos que le plantea un mundo globalizado. Si los Gobiernos populares eligieron una posición de firmeza frente a los islamistas, Rodríguez Zapatero aprovechó su primera asistencia a la Asamblea General de Naciones Unidas para presentar su “Alianza de las Civilizaciones”, un ejemplo de “buenismo” pacificador que defendía la autonomía de cada “civilización”, lo que implica la relativización de los valores; denunciaba la pobreza como causa de su auge, aunque sea el Golfo su epicentro; y rechazaba la injerencia occidental aunque no el envío de ayuda económica. El debate sobre las caricaturas de Mahoma permitió a nuestro Presidente ir más allá, pidiendo a los medios de comunicación occidentales un unilateral ejercicio de autocensura para no ofender a quien no tiene reparo en ofendernos<sup>5</sup>. En estos últimos años la reflexión europea ha ido en el sentido contrario al enunciado por nuestro Presidente, lo que se manifiesta tanto en las políticas exteriores como en los criterios nacionales sobre inmigración e integración. Tampoco en esta ocasión las estrategias de apaciguamiento son útiles, también ahora producen el efecto contrario al buscado, alentando a los radicales a exigir mayores concesiones.

Si la Alianza de Civilizaciones llevó a España, de la mano de Turquía e Irán, a un peligroso alineamiento con los sectores más radicales del Islam, la inagotable vocación mediadora de nuestra diplomacia le animó a explorar acuerdos con Estados como Siria o Irán con resultados perfectamente previsibles. La apuesta por la causa palestina en el conflicto de Oriente Medio, con comportamientos propios de un adolescente concernido por parte de Rodríguez Zapatero, ha privado a España de la equidistancia necesaria para poder jugar un papel relevante. Ponerse la *kefiya* puede atraer simpatías de sectores radicales hacia Rodríguez Zapatero e incluso el agradecimiento de sectores árabes, pero convierte a España en un actor diplomático inútil. Si se quiere ayudar a la población árabe el primer paso es ganarse el respeto de Israel, algo que España tuvo y perdió. De

<sup>5</sup> **Recep Tayyip Erdogan & José Luis Rodríguez Zapatero**, “A call for respect and calm” *International Herald Tribune*, 6 de febrero de 2006.

nuevo los gestos hacia la galería han primado sobre una política coherente que responda a una visión en el largo plazo en el mundo musulmán.

## **El Magreb**

Capítulo aparte en el conjunto del Islam es para España el Magreb y su frontera sur, el Shagel. Como jefe de la oposición, Rodríguez Zapatero había enviado señales al Gobierno marroquí de que, en el caso de ganar las elecciones, adoptaría posiciones más conciliadoras que las mantenidas hasta entonces por el Gobierno de José María Aznar, con las diferencias por las pesquerías o la crisis de Perejil de fondo. Ya en sus últimos años en La Moncloa, Felipe González había iniciado un giro pro-marroquí en la política española establecida en los años de la UCD. Rodríguez Zapatero retomó y profundizó aquella política a la luz de los nuevos acontecimientos.

España siempre ha estado preocupada por la seguridad de sus territorios de soberanía en el norte de África por la reivindicación marroquí. La disputa territorial complicaba una relación que se veía afectada por problemas pesqueros, migratorios, de tráfico de estupefacientes y, más recientemente, por el islamismo. Este conjunto de problemas podía agravarse seriamente en el caso de que el régimen alauita se desestabilizara como consecuencia de un golpe militar, la acción de las formaciones políticas islamistas apoyadas por los Estados del Golfo o por una combinación de ellas. El miedo a este escenario y la falta de disposición a mantener una tensión constante, que puede volver a exigir el uso de la fuerza, llevaron a la dirección socialista a apostar, también aquí, por una estrategia de apaciguamiento: cediendo en la cuestión saharauí, aceptando que la opción autonómica podía ser la fórmula más apropiada para reconducir la situación del pueblo saharauí. De esta forma se esperaba ayudar a consolidar la monarquía y lograr de ella una actitud más cooperadora con España.

Para valorar la nueva posición socialista hay que comprender su particular vulnerabilidad a un atentado islamista, tras haber ridiculizado la existencia de células yihadistas entre nosotros, con la parodia del “comando Dixán”, y haber vinculado nuestra presencia en Iraq con lo ocurrido el



11-M. Si salimos deprisa y corriendo de Iraq, si hemos hecho concesiones vergonzosas con la Alianza de Civilizaciones o en nuestras relaciones con Marruecos, ¿cómo explicar que sigamos siendo objetivo? La actual dirección socialista está dispuesta a pagar un precio muy alto para contar con la estrecha colaboración marroquí en el control de los terroristas yihadistas. El precio está a la vista. Un Gobierno que presume de un sincero multilateralismo desoye sus compromisos y obligaciones en Naciones Unidas y abandona vergonzosamente al pueblo saharauí; nuestras relaciones con Argelia se deterioran, con su efecto en los precios del gas; el Gobierno de Marruecos sabe de la debilidad del español y le exige que vaya en sus concesiones más allá de lo que desea, haciendo declaraciones tan ridículas como falsas, prueba de la sumisión de una democracia a una dictadura; y, por último, el Gobierno se ve rechazado por una opinión pública que se siente engañada también en este tema. Todo ello, como no podía ser de otro modo, redundará en un desprestigio internacional.

La incoherencia en la política antiterrorista se extiende por tierras del Sahel. Allí, como en las aguas de Somalia, el Gobierno español se pliega ante el chantaje y no duda en pagar cuantiosos rescates a sabiendas de que con ello anima nuevos secuestros, fortalece a los grupos terroristas y se hace acreedor de críticas tanto de los Estados locales como de los socios europeos. Al mismo tiempo empleamos cuantiosas sumas, en forma de cooperación internacional, para ayudar a esos Estados a que mejoren sus capacidades para combatir a los grupos islamistas, esos mismos grupos que nosotros financiamos generosamente mediante el rescate de secuestrados. El escepticismo sobre el uso de esos fondos para los fines previstos se incrementa ante el ejemplar comportamiento de nuestras autoridades: ¿Qué autoridad tenemos ante esos Gobiernos si somos los principales donantes del enemigo a batir?

## CONCLUSIONES

Seis años después España no está en el pelotón de cabeza de la política europea, pero sí entre aquellos que con sus actos ponen seriamente en peligro la pervivencia del euro; hemos vuelto a desaparecer en la maraña diplomática de Washington, donde no contamos para casi nada; ya no somos

el modelo a seguir en América Latina, ni la locomotora del sistema de cumbres, ni el puente con Europa, sólo el sorprendente amigo y protector de liberticidas, con conocidos vínculos con el terrorismo y el narcotráfico; y en nuestra frontera sur hemos optado por someternos al dictado del monarca alauita, que no tiene reparos en aconsejar al Rey de España que se mantenga ajeno a los temas bilaterales.

La que fue octava potencia económica del mundo es hoy permanente noticia en los medios financieros por la gravedad de su situación económica y por los perversos efectos que su situación puede tener en su entorno. Las conclusiones del último Informe PISA, que no deja lugar a dudas sobre la caída constante de la calidad de nuestro sistema educativo, contrastan con el discurso modernizador, la “sociedad de la información”, de nuestro presidente. Un conjunto, en fin, de noticias que dañan gravemente la imagen internacional de España, llevándose por delante treinta años de esfuerzo colectivo por “colocar a España en el lugar que le corresponde”.

### PALABRAS CLAVE

España • Internacional • Política exterior

### RESUMEN

Florentino Portero analiza el devenir de España hacia la irrelevancia internacional debido al voluntarismo y a la demagogía ideológica del Gobierno de Rodríguez Zapatero. La “España irrelevante” en política exterior dibujada por el autor es fruto de decisiones políticas equivocadas cuyo principal *leit motiv* ha sido deshacer sistemáticamente cualquier herencia recibida de los Gobiernos populares, sin tener en cuenta el perjuicio que con ello se causaba a los intereses generales de la Nación.

### ABSTRACT

*Florentino Portero analyzes Spain's transition to international irrelevance caused by the voluntarism and ideological demagoguery of Rodríguez Zapatero's government. The 'irrelevant Spain' in the foreign policy arena outlined by the author is the result of misconceived political decisions driven by the desire to thoroughly erase the legacy of the Partido Popular governments, regardless of the harm caused to the general interests of the nation.*